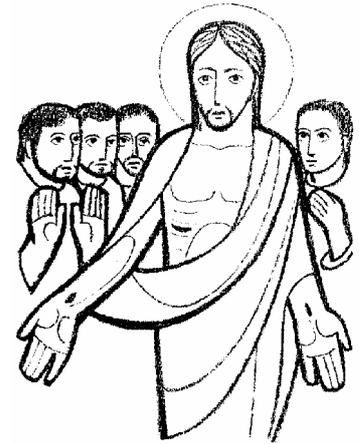


ES PASCUA



es
**VIERNES
SANTO**

Hoy no hay Eucaristía, sino una celebración de la Muerte del Señor. Recordamos y hacemos presente el misterio del dolor y de la muerte en la persona de Jesús. Todo misterio supera, y ante El sólo cabe contemplar, meditar, hacer silencio, e incluso aceptarlo. El misterio del dolor y de la muerte es el misterio más tremendo para el ser humano; más aún: la muerte del inocente, la muerte del que proclamamos Hijo de Dios, autor de la Vida.

Los momentos más significativos de la celebración son:

La **postración** en el suelo del sacerdote que preside la celebración: ante la muerte de Cristo solo cabe el silencio, bajar la mirada, caer al suelo y preguntarse ¿cómo es posible mirar a Dios, clavado en la cruz, que entrega su vida por amor y no sentirse interpelado? ¿Cómo es posible que Dios siga siendo hoy crucificado en tantas cruces que nosotros creamos?

La **proclamación** de la Palabra de Dios: escucharemos la Pasión según San Juan. Proclamar es algo más que contar una historia. La proclamación es memorial (= recuerdo actualizado). La Pasión de Cristo sigue siendo una realidad en nuestro mundo. La oración universal: la oración de hoy quiere tener presente a todos, porque la salvación y liberación de Cristo es para todos.

La **adoración** de la Cruz: es un acto de fe y amor. Adoramos a quien dio su vida por amor la comunión: comulgamos con Cristo.

La **Eucaristía** que guardamos ayer es el signo de la presencia de Jesús. Comulgar hoy es estar dispuesto a asumir las cruces de nuestra vida.

LAUDES

Nos reunimos para rezar en la mañana de este VIERNES SANTO en el que celebramos la Pasión de Jesús.

Canto de entrada.

Antífona: *(repetimos todos)*

Dios no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros.

Salmo 50

Misericordia, Dios mío por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.

Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado;
contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces.

En la sentencia tendrás razón,
en el juicio resultarás inocente.
mira, en la culpa nací,
pecador me concibió mi madre.

Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.
Rocíame con el hisopo: quedaré limpio;
lávame: quedaré más blanco que la nieve.

Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.

Oh Dios , crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.

Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso :
enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti.

Líbrame de la sangre, oh Dios,
Dios salvador mío,
y cantará mi lengua tu justicia.
Señor me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.

Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.
Mi sacrificio es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú no lo desprecias.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.
Como era en un principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos Amén

Antífona: *(repetimos todos)*

Dios no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros.

Lectura breve: (Isaías 52, 13-15)

Reflexión

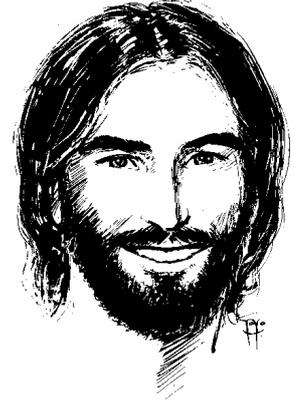
Oración final:

Señor, te han alzado en lo alto de una cruz, hasta verte muerto.
Reconocemos la obra de nuestras manos
y confesamos nuestro pecado.
Tu amor nos vence, tu amor es más grande que nuestras obras.
Tu amor es más grande que nuestro pecado.
Si subimos a la cima más alta: allí estás tú
Si vamos al fondo del mar: allí estás tú
Y si buscamos el escondite más recóndito: allí estás tú
Por eso, Señor, no huiremos de tu presencia
Aquí estamos hoy, delante de ti, postrados ante ti
porque queremos celebrar el misterio santo y profundo
de la Pasión y Muerte de Jesús
A Él la gloria por los siglos de los siglos. AMEN

PADRE NUESTRO

La Cruz del discípulo, de Jesús, del mundo

(Dinámica de la mañana)



La Cruz del discípulo

(Discípulo y voz de Jesús)

DISCÍPULO: Por allí andaba Él, vagabundo de lo que Él llama el Reino. Lo mismo le daba el lago de Genesareth, que el monte, que el llano, que los descampados... Allí donde hubieran enfermo a quien curar, un pecador a quien perdonar, una madre desolada a quien consolar, un padre afligido a quien dar ánimos... allí iba Él, allí estaba Él, ¿sabéis?... para amar.

Así que las gentes lo seguían, lo seguían, lo seguían... parecía ser fácil ser discípulo suyo. Yo también sentí sobre mí, en mí, su fascinación; y... secretamente, muy secretamente, -sin decirle a Él nada- me puse a seguirlo camuflado entre sus amigos más cercanos. Sí, parecía fácil ser discípulo suyo. Pero un día, le escuché unas palabras extrañas; a nadie se las había escuchado jamás.

JESÚS: “Si alguno quiere ser discípulo mío, que se niegue a sí mismo, que tome su Cruz y me siga” (Lc 9,23).

DISCÍPULO: Apenas entendí nada... Al oír eso de la cruz, mi pensamiento se fue al Monte Calvario. Allí había visto cruces de madera, donde ajusticiaban a ladrones y bandidos.

Tomar una cruz... ¡qué raro...! ¡qué repugnante...! cargarla sobre los hombros... seguirlo... Eso no era normal ¿Estaría en sus cabales ese Jesús de Nazaret ?.

Yo no me imaginaba a una multitud de gente como la que andaba por allí, cada uno con su cruz y siguiendo a Jesús. Me parecía idiota.

Pero, en fin, dejé correr los días. Aquel hombre seguía fascinándome: su estilo, sus gestos, sus palabras, su mirada, el cariño que tenía a la gente, especialmente a los niños, a los pobres, a los pecadores... las obras que hacía... Todo eso me daba a entender que Jesús sí que “estaba muy en sus cabales”. Pero ¡eso de la cruz...!

Otro día, de pronto, dijo una cosa parecida.

JESÚS: “El que no cargue con su Cruz detrás de mí no es digno de mí... ese no puede ser discípulo mío” (Mt 10,38; Lc 14,27).

DISCÍPULO: ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué esa condición para ser digno de Él, para ser su discípulo?.

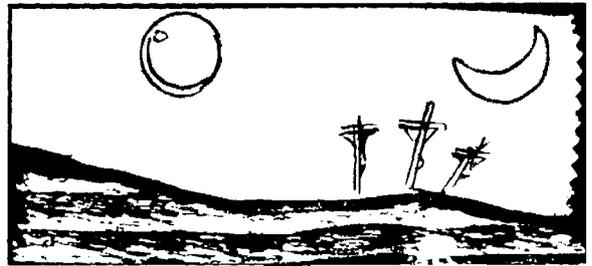
El caso es que hablaba en serio; Su palabra era firme, sin titubeos; su mirada invitaba y a la vez desafiaba. Yo lo sentí sobre mí, en lo más íntimo de mi ser. Creí que dejaba de ser yo mismo y que otro ser humano empezaba a tomar posesión de mi yo.

Surgió en mí una idea. Imposible apartarla de mi mente. Y ¡mira que hice esfuerzos para ello!

“Tienes que encontrar una Cruz... ¿una del Calvario?. No, eso era tétrico. Mandarla hacer a un carpintero... eso era ridículo... Decidí ir al bosque. Cortaría un árbol... Yo mismo haría una cruz, eso, a mi gusto y a mi manera. Me sentía atraído, poseído, yo diría. Ese deseo, ese impulso, esa atracción, eran más fuerte que yo. Así que tomé un hacha y me fui al bosque.

Discípulo y los árboles (+ Dos chicos y dos chicas)

Discípulo: Ya en el bosque, paseé mi mirada por los árboles. Reflexioné sobre cuál de ellos sería el más apropiado para hacer de él una cruz que fuera bonita a la vez no muy pesada y además a mi gusto.
Me llamó la atención el pino. Sería agradable llevar una cruz al hombro, cerca de la cara, con un olor agradable.
Avancé hacia el pino. Ya cerca del pino levanté el hacha para herirlo. Pero el pino me habló.



PINO: Amigo, ¿qué vas a hacer?.

DISCÍPULO: Cortarte.

PINO: ¿Cortarme? ¿Para qué?.

DISCÍPULO: Perdóname. He de hacerlo, para sacar de ti una cruz. He de seguir con ella a mi Maestro.

PINO: ¿Tu maestro? No puede ser buen maestro si te manda cortarme para hacer una Cruz. Un buen maestro enseña a amar a la naturaleza, no a destruirla para que la gente lo siga.

DISCÍPULO: Sí que es bueno.

PINO: No, no lo creo. Dime qué te ha enseñado.

DISCÍPULO: “Que si quiero ser su discípulo he de negarme a mí mismo, tomar una cruz y seguirlo”.

PINO: Me da la impresión de que no habla de una cruz de madera. ¿Qué quiere decir “negarte a ti mismo”? No, no me cortes; creo que cometerías un error. Vete a ver a mi amiga la acacia. Adiós, amigo y ¡suerte!.

DISCÍPULO: Creo que el pino no me entendió: “negarme a mí mismo” ¿Cómo voy a negarme a mi mismo? ¿Cómo puedo ser y a la vez no ser? Tampoco yo lo entiendo. Sin embargo, estaba claro: tenía que hacer una cruz. Es una condición necesaria para ser discípulo. Pero, hice caso al pino porque al fin y al cabo me daba pena cortarlo. Con todo, ¿no era un pino un poco egoísta?. Me acerqué a la acacia. Tenía una rama, lo justo para hacer los brazos de Cruz. Así que, levanté el hacha.

ACACIA: Amigo, ¿qué vas a hacer?.

DISCÍPULO: Cortarte para hacer de ti una Cruz. Para llevarla conmigo y así seguir a mi Maestro.

ACACIA: Y, ¿tu maestro te pide eso?. Debe estar tan loco como tú. ¿Qué te ha dicho tu maestro?.

DISCÍPULO: Que si quiero seguirlo he de hacerlo con “mi Cruz”. Cada discípulo debe llevar “su Cruz”.

ACACIA: Él dice “su cruz”. Tu dices “mi Cruz”.

DISCÍPULO: Sí, eso es.

ACACIA: Entonces baja el hacha, amigo. Creo que no entiendes. Si el maestro dice que el discípulo ha de llevar **SU** Cruz, no ha de ser una Cruz hecha de pino o de acacia. Ha de ser una Cruz hecha de “sí mismo”; y si tú hablas de “tu Cruz”, esa Cruz ha de ser hecha de ti mismo.

No, amigo, no me cortes. Yo no te serviría de nada. Así no serías discípulo suyo. Vete a ver si mi compañero, el sauce, que está junto al arroyo lo ve de otra manera. Intenta cortarlo.

DISCÍPULO: Cada vez comprendía menos. El pino me preguntó que qué quería decir ‘negarme a mi mismo’. ¿Cómo voy a negarme a mí mismo?. Yo no puedo dejar de ser yo mismo. Ahora la acacia me hablaba de hacer “una cruz de mí mismo”. ¿Cómo voy a hacer una cruz de mí mismo?. ¿Tengo que cortarme, despedazarme?. La acacia si que estaba loca. Sí, cada vez comprendía menos... ¿Qué lío. Pero estaba claro; todas las cruces que yo había visto eran de madera. No las había de otra forma y yo tenía que hacerla. Me acerqué al sauce, al borde del arroyo. Pensé que él comprendería. Así, que levanté el hacha.

SAUCE: Amigo, ¿qué vas a hacer?. ¿Qué te he hecho yo para que me quieras tan mal?. ¿Es que me odias?.

DISCÍPULO: No, no es eso. Vengo a cortarte para hacer una Cruz; la Cruz que me exige mi maestro para llegar a ser verdadero discípulo suyo. Déjame que te corte y haga con tu madera mi Cruz.

SAUCE: ¿Dices que tu maestro te exige que lleves una Cruz para ser discípulo suyo?. No entiendo. ¿Cómo un maestro puede imponer tal sacrificio?. La Cruz solamente la llevan los condenados a muerte. Tú no eres un condenado ¿verdad?.

DISCÍPULO: No. Yo solamente quiero seguirlo. Ahora me ha pedido la Cruz. Deja que te corte y la haga de ti. Déjame, por favor. No hagas lo mismo que el pino y que la acacia. Tú eres más comprensivo que ellos.

SAUCE: Hablas de ser su discípulo: ¿no crees que llevar una Cruz hecha de un sauce no tiene nada que ver con eso de ser su discípulo?.

DISCÍPULO: ¿Por qué?, ¿si él me lo pide!

SAUCE: Comprende, amigo. Ser discípulo es algo más hondo: es algo que toca el corazón, lo íntimo del ser. Es escuchar al maestro, escucharlo con el corazón, escuchar su corazón; es aprender del maestro, aprender con la vida, aprender de su vida. ¿Qué tiene que ver con esto el llevar o no una Cruz de madera?. O, ¿es que vas a ir escribiendo en ella sus enseñanzas?. Pero, justamente para grabar las enseñanzas de un buen maestro está el corazón, está la vida, estás tú mismo.

DISCÍPULO: No quieres que te corte ¿verdad?. Creo que no me comprendes o que eres tan egoísta como el pino y como la acacia. ¿No ves que en algo ha de notarse que soy su discípulo?. Ese algo es la Cruz, pero tú no quieres colaborar.

SAUCE: No es eso. En lo que no quiero colaborar es en algo inútil, sin sentido. ¿Qué sacas en limpio con cortarme...? No amigo, baja tu hacha. Y, si quieres, vete a ver a la encina. Acaso ella te comprenda y se deje cortar.

DISCÍPULO: Sigo sin entender. Precisamente porque he escuchado al maestro vengo a cortar un árbol para hacer mi Cruz. Esta visto que los árboles no tienen inteligencia para comprender, ni corazón para comprometerse: iré a ver a la encina. Me acerqué a ella. Me pareció magnífica. Podría caminar con ella tras el maestro por lugares pedregosos, por montes y cañadas. Miré la encina. Sonreí, levanté el hacha.

ENCINA: Amigo, ¿qué vas a hacer?.

DISCÍPULO: He de hacerme una Cruz. Él me lo ha pedido. Y me gustaría hacerla con tu madera.

ENCINA: ¿Quién es Él, el que te ha pedido que te hagas una cruz?.

DISCÍPULO: Jesús de Nazaret. Es genial ¿sabes?. Un tío legal. Dice cosas un tanto extrañas pero que te llegan, te envuelven, te alucinan. He decidido seguirlo y ser digno de él, pero he de hacerlo llevando conmigo una Cruz. Para eso necesito tu madera. Sería una Cruz perfecta. ¿Me has entendido?. ¿Quieres colaborar o no?.

ENCINA: Creo haber comprendido. Ese Jesús de Nazaret te ha dicho que si quieres ser un discípulo digno de Él has de seguirlo con una Cruz. ¿Es eso?.

DISCÍPULO: Sí, eso es. Y así lo deseo. Por eso te pido ese favor.

ENCINA: Y, ¿tú crees que te haces digno de tu maestro llevando una cruz de madera de encina?.

DISCÍPULO: Sí, Él lo ha dicho y me lo ha pedido. Yo me fío totalmente de él.

ENCINA: Te has parado a pensar, ¿qué quiere decir “ser digno de alguien”?

DISCÍPULO: No, no mucho.

ENCINA: Pienso que no has comprendido a tu maestro. Uno no se hace digno de otro por lo que tiene o lleva por fuera, sino por lo que es y vive por dentro. Yo podría ofrecerte mi madera para tu Cruz. Pero esa Cruz sería algo postizo, advenedizo, superficial, añadido, algo fuera de ti. Y la dignidad es algo de dentro, algo de ti mismo, algo que está en lo más hondo de ti mismo. Tú mismo.

DISCÍPULO: ¡Y dale con el ti mismo!. Todos me habláis de “*mí mismo*”: ‘negarme a mí mismo’...; ‘tomarme a mí mismo’; ‘grabar las enseñanzas del maestro en mí mismo’...; hacerme digno de él en lo más profundo de mi mismo’. Creo que la cosa es más sencilla que todo eso. Me da la impresión de que no quieres implicarte. Pienso que, como el pino, como la acacia y como el sauce tú eres egoísta y no quieres que te corte. Todos sois iguales.

ENCINA: Creo que eres injusto. Nosotros queremos colaborar para que seas un verdadero seguidor y un digno discípulo de Jesús. Pero no comprendemos que para ser eso, tengas que llevar sobre tus hombros una cruz de madera, ya sea de pino, de acacia o de sauce. Mira, hace un instante un pájaro se posó en una de mis ramas, llevaba en su pico una hierba seca. ¿Crees que mi dignidad me la da esa hierba seca que el pájaro traía?.

DISCÍPULO: No, claro que no. Tu dignidad te viene de la amistad del pájaro.

ENCINA: No solo. El pájaro es mi amigo, y yo me considero digna del pájaro porque puedo ofrecerle unas ramas sanas, verdes, agradables, donde él puede descansar y cantar y alegrar el paisaje. Pero si las ramas son así es porque mis raíces están sanas, porque mi madera es firme, porque por lo más hondo de mí misma corre una savia que vivifica todo mi ser.

¿Comprendes amigo?, Mi dignidad está dentro de mí, vive en mí. Por eso el pájaro me aprecia y los hombres me quieren. Mi dignidad no está en la hierba seca del pájaro sino en el fondo de mi corazón y en el amor que me tienen.

DISCÍPULO: Ya... ¡la Cruz sería la hierba seca!

SAUCE: Sí, pero no sería bello, ni produciría sombra si mis raíces no estuvieran sanas en el agua, si por mis venas más íntimas no hubiera humedad, si mi madera no tuviera vida y creciera, si mis ramas no fueran flexibles y no se inclinaran hacia el suelo como para cobijar los amigos.

Ya ves, amigo, mi dignidad está en todo eso; y eso está en lo profundo. Gracias a esto me siento digna de los niños y de los grandes. Gracias a esto me siento amada. Mi dignidad está en lo que soy y en el amor que me tienen.

DISCÍPULO: Gracias, sauce. Voy viendo más claro. La Cruz de madera no forma parte de mi ser. Ella por sí misma no me hace digno del maestro ¿verdad?. Tengo que mirarme a mí mismo ¿verdad?. Tengo que entrar dentro de mí ¿no es eso?.

DISCÍPULO: Gracias, acacia. Ya es suficiente.

Me has hecho comprender que para seguir a Jesús de Nazaret, para ser buen discípulo suyo, para ser digno de él no es necesario cortar un árbol, hacerme una Cruz de madera y ponerme en camino tras Él. Voy comprendiendo lo que decíais de “negarme a mí mismo”; de “tomar la Cruz que soy yo mismo”; “de ser discípulo en el corazón y con la vida”; “de ser digno de Él, por lo que yo mismo soy o seré y por lo que Él me ama”.

SAUCE: Vete a ver a tu Maestro, síguelo, escucha atentamente sus palabras, abre bien los ojos y contempla lo que hace y cómo vive. Y sobre todo ábrele tu corazón y pon en sus manos tu vida. Esta es nuestra respuesta.

DISCÍPULO: No sé como agradeceros vuestra enseñanza. También vosotros –naturaleza viva- sois para mí unos maestros. Haré lo que decís.

SAUCE: Adiós, amigo.

...Y la Cruz
del Maestro



(Discípulo y voz de Jesús)

DISCÍPULO: Es curioso. Parece como si estuviera escuchando al Maestro. Decía a sus discípulos.

JESÚS: “Ya sabéis que dentro de dos días es la Pascua y el Hijo del Hombre va a ser entregado para ser Crucificado” (Mt 26,2).

DISCÍPULO: Hablaba como preocupado, muy serio. Hablaba de algo irremediable. Y no era la primera vez. En otra ocasión dijo algo parecido; lo recuerdo muy bien.

JESÚS: “Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de pecadores y sea crucificado y al tercer día resucite” (Lc 24,7).

DISCÍPULO: Lenguaje extraño. ¿Por qué ha de ser necesario que Él sea crucificado?. Se refería a sí mismo. Eso está claro. Y ¿eso de resucitar?. He de encontrar al Maestro –le preguntaré como entiende Él eso de llevar la Cruz del seguimiento–. Qué es eso de negarse a sí mismo. De ser digno de Él. Y por qué Él ha de ser crucificado. Me sería difícil vivir sin aclarar todo eso. Es para mí como una obsesión. Fui en su busca. Era el viernes anterior a la Pascua. Recorrí las calles de Jerusalén. Sabía que estaba allí. Oí ruido, mucho ruido y gritos... De pronto lo ví. Quedé petrificado.

Discípulo y Jesús con la Cruz *(Discípulo y voz de Jesús)*

DISCÍPULO: Llevaba una Cruz y ¡era de madera!. De pronto pensé: “¿No tendría que estar yo aquí con una Cruz de madera... como esa del Maestro, para seguirlo, cumpliendo así lo que pidió?. Los árboles, ¿no me engañaron?”. Estaba confundido, desorientado, no sabía que hacer. Pero el Maestro me miró y luego dijo:

JESÚS: Hola, amigo. ¿Qué haces aquí?.

DISCÍPULO: Te estaba buscando. Yo quiero seguirte, seguirte con mi Cruz, a donde quiera que vayas. Quiero ser tu discípulo.

JESÚS: ¿Seguirme?. ¿Por qué?. Ya ves, todos me han abandonado. Estoy sólo con mi Cruz a cuestas. Además, a donde yo voy ahora, tú no puedes seguirme.

DISCÍPULO: ¿Por qué, Maestro?. Déjame ayudarte. Dame tu Cruz de madera yo mismo la llevaré.

JESÚS: Amigo, esta Cruz solamente yo puedo llevarla. Tú tendrás tu propia Cruz y la llevarás tú mismo.

DISCÍPULO: Y, ¿ha de ser de madera como la tuya?.

JESÚS: No. No. La Cruz de madera sólo es un símbolo, un signo que representa otra realidad más honda.

DISCÍPULO: Sobre eso quería preguntarte. El pino, la acacia, el sauce, la encina que yo quería cortar para hacerme una Cruz de madera, intentaron explicarme esa realidad, pero me pidieron que viniera a ti. Maestro, ¿qué es llevar la Cruz, siguiéndote?... ¿qué es negarme a mí mismo...? ¿cómo puedo ser tu discípulo...? ¿cómo podré ser digno de ti?... ¿Recuerdas que hablaste de todo eso en varias ocasiones?. Yo estaba allí, yo te escuché, yo quise y ahora también quiero hacer lo que has pedido.

JESÚS: Hiciste bien en no cortar los árboles. No se trata de que la Cruz sea de madera. La Cruz eres tú mismo, llévate a ti mismo, carga contigo mismo, con lo que eres: tus sueños, tus preocupaciones, tus alegrías, también con tus penas; carga con tus cualidades, con tus defectos; carga con el peso de cada día... también con tu pecado de egoísmo, con tu mentira, con tu cobardía, tu orgullo, tus pequeñas traiciones, tus olvidos... Carga con todo ello; esa es tu Cruz. ¡La Cruz de mi seguimiento!. Yo te acepto así, ¿sabes?.

DISCÍPULO: Me acoges como soy, me aceptas como soy, me pides que te siga como soy. Pero, ¿cómo puedo negarme a mí mismo?.

JESÚS: Mirame. A mí me hubiera gustado no llevar esta Cruz. Yo era más feliz hablando con la gente, curando enfermos, acariciando a los niños, viendo la alegría de quienes comprendían el mensaje. Pero

he tenido que dejar eso para hacer la voluntad de mi Padre. Y... mira, que me cuesta!. Estoy casi agotado y me van a crucificar.

DISCÍPULO: Pero ¿es la voluntad de Dios, que lleves esa Cruz, que tengas que ser crucificado?. No lo entiendo Maestro. Tampoco lo árboles del bosque lo entenderían. Ellos dirían que sí esa fuera la voluntad de Dios, Dios no sería justo, ni bueno.

JESÚS: Claro. Si así fuera, tú y los árboles tendríais razón. Pero no, no es voluntad de Dios tratarme así. Eso ha sido cosa de los hombres poderosos, de los políticos, de los escribas y fariseos, del sumo sacerdote... que están aferrados a sus ideas, a sus costumbres, a... No han entendido ni mis palabras ni mis obras. Que soy un blasfemo porque llamo a Dios, Padre; que vivo contra la ley de Dios, porque hago la voluntad de Dios; que soy pecador porque he amado y perdonado a los pecadores; en fin, que he sido malo porque he hecho el bien en sábado. Esa era la voluntad de Dios, que hiciera todo eso. Pero Él no ha puesto esta Cruz en mis hombros. Han sido quienes no sabían lo que hacían.

DISCÍPULO: ¿Y tú sabías que por hacer todo eso te podría perseguir y condenar?.

JESÚS: Sí.

DISCÍPULO: Y ¿a pesar de todo, lo hiciste.

JESÚS: Sí.

DISCÍPULO: Entonces, ¿eso es negarse a sí mismo: hacer la voluntad de Dios aunque te persigan y corras el riesgo de perder la vida?.

JESÚS: Sí.

DISCÍPULO: Eso es llevar la Cruz ¿verdad?.

JESÚS: Sí.

DISCÍPULO: Ya. El que sea o no de madera es de menos... Ahora entiendo.

JESÚS: Así es, amigo. La Cruz que yo llevo y que tu ves es de madera de pino... pero es mucho más que eso. Ella está hecha de fidelidad a Dios y a la humanidad, de amor a Dios y a los pobres; de sinceridad, de honradez, de valentía, de compromiso, de silencios, de oración, de entrega, de servicio, de denuncias, de renunciaciones, de perdón...

DISCÍPULO: Tú has vivido todo eso ¿verdad?.

JESÚS: He intentado ser fiel a Dios, al hombre y a todos esos valores.

DISCÍPULO: Maestro, ¿ser tu discípulo es, pues, aprender a ser como tú eres, a vivir como tú vives, a sentir como tú sientes, a hacer lo que tú haces, a hacerlo como tú lo haces?.

JESÚS: Eso es ser discípulo mío. La senda de esa Cruz es estrecha. Con todo, no temas, yo estaré contigo, y la carga se te hará ligera... "porque mi carga es ligera".

DISCÍPULO: Entonces, ¿ser digno de ti quiere decir: ser fiel como tú, amar como tú, ser sincero y honrado como tú; es decir la verdad y ser valiente como tú, es perdonar como tú, entregarse a servir como tú; hacer la voluntad de Dios como tú, y eso, hasta la muerte?.

JESÚS: Tú lo has dicho. ¿Entiendes ahora, amigo?. Eso es seguirme, eso es ser mi discípulo, eso es negarse a sí mismo, eso es ser digno de mí, porque la dignidad viene de dentro, de la bondad del ser.

DISCÍPULO: Y, ¿tú, sabes que vas a la muerte?.

JESÚS: No, en realidad voy a la vida, pero he de pasar por la muerte de Cruz. Acaso ahora no lo entiendas. Lo comprenderás más tarde.

DISCÍPULO: Y, ¿por qué has de morir en la Cruz, en esta Cruz que ahora llevas?. ¡Eso es infame!.

JESÚS: Llevas razón. Es infame. Esta Cruz de madera representa algo más. Esta Cruz son los otros, el dolor del mundo, el pecado de los hombres y de las mujeres de este mundo; la infamia por la que muchos inocentes pasan; las injusticias, los crímenes, las muertes... Todo eso y mucho más representa la Cruz que yo llevo. Yo la asumo, la hago mía. Y en ella he de morir sufriendo, perdonando, rogando a Dios por todos, incluso, por los que me asesinan.

DISCÍPULO: Y ¿qué conseguirás?.

JESÚS: A veces me lo pregunto; pero, yo creo en Dios, mi Padre. Él me ha dicho que muriendo así “daré nueva vida al mundo. Borrará la infamia de la sociedad. Haré que todos los hombres puedan ser hermanos. Se acabarán los odios. Mis discípulos aprenderán a perdonar. Todos podrán llegar a ser Hijos de Dios... Todos serán reconciliados con Dios. Por eso esta Cruz, que es escándalo, será fuente de vida y salvación.

DISCÍPULO: ¿No te parece un poco pretencioso?. Parece increíble ¿no?.

JESÚS: Tú quieres seguirme ¿verdad?. Puedo contar contigo ¿verdad?.

DISCÍPULO: Por supuesto.

JESÚS: ¿Seguro?.

DISCÍPULO: (duda un poco)...Sí.

JESÚS: Bien. Yo llevaré mi Cruz hasta el final, derramaré mi sangre, hasta el final. Resucitaré... luego me iré. Pero tú y todos mis discípulos seguiréis llevando la Cruz de la humanidad dolorida. No, no es cosa de un día. Aquello por lo que yo voy a dar mi vida se extenderá por el mundo poco a poco. Tendréis que luchar valientemente para lograrlo. No será fácil, pero el Espíritu que os enviaré os orientará y ayudará.

DISCÍPULO: Maestro, ¿cuánto tiempo será necesario?. ¿Tardaremos años en lograrlo?.

JESÚS: Mira conmigo allá, a lo lejos. Mira dos mil años adelante. Sitúate. ¿Qué ves?.

DISCÍPULO: (Silencio).

JESÚS: ¿No ves nada?. Fíjate bien. Contempla. (Pausa).

DISCÍPULO: Veo muchos niños. Acaso como dos mil millones de niños.

JESÚS: De ellos, 1740 millones pasan hambre. Y Mueren también por millones. 140 millones sin escuela. 250 millones son explotados y prostituidos. 35 mil niños de menos de cinco años están muriendo cada día ¿no lo ves?. Esa es una Cruz horrible, que pesa mucho sobre una gran parte de la humanidad; la más inocente.

DISCÍPULO: Y ¿hay que llevarla?.

JESÚS: Tendremos que llevarla, comprometiéndonos a intentar solucionar ese drama. Si sigues fijándote, verás infinidad de Cruces:
Multitudes de gentes sin techo, sin tierras.
Multitudes de abandonados y solos.
Multitudes de tristes y desilusionados
Multitudes de gentes con hambre.
Multitudes que no saben leer, que son ignorantes.
Multitudes en el paro, sin trabajo...
Todas esas cruces... cruces de vergüenza, puros escándalos de la humanidad.

DISCÍPULO: Y ¿hay que llevarlas?.

JESÚS: Tendremos que llevarlas, comprometiéndonos a desterrarlas para siempre. Yo desde ahora, las tomo conmigo. Ellas se hacen presentes en esta Cruz que llevo. Y moriré en ella, en ellas, para que el mal desaparezca y para que ellas desaparezcan.

DISCÍPULO: ¿El mal?.

JESÚS: Sí, el mal, el pecado... Todo eso que has visto es fruto del mal y del pecado: el orgullo de algunos, la ambición de muchos, el egoísmo de la mayoría, el deseo de placer, de poder y de dinero. La corrupción de las economías, las injusticias; la falta de fe: a mi Padre le han dejado de lado, a mí me han olvidado. Y han olvidado mis palabras. Yo doy la vida para que Dios perdone el mal hecho y el pecado cometido.

DISCÍPULO: ¿También es fruto de mi mal y de mi pecado?. ¿También yo he contribuido a todas esas tragedias?.

JESÚS: Sí, también. Pero tú y todos mis discípulos estaréis ahí para hacer crecer el bien, luchando contra el mal. No será fácil. Llevaréis esa Cruz. Como a mí os insultarán, os perseguirán y acaso os crucifiquen. Pero al final triunfará el bien y la verdad. Bienaventurados vosotros si perseveráis.

DISCÍPULO: ¡Maestro!, ¡Maestro!. Déjame seguirte y morir contigo.

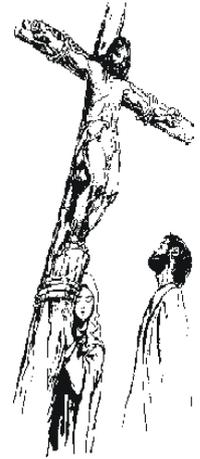
JESÚS: Ahora no. Tengo que cumplir mi misión. Déjame ir con mi Cruz. Esta la he de llevar yo. Yo sólo. Los hombres la han puesto sobre mí. La llevaré hasta el final, hasta morir en ella... por ti y por todos. Tú, toma la tuya y luego vete a cumplir tu misión. Ya sabes como has de seguirme, cómo has de negarte a ti mismo, cómo ser mi discípulo, cómo ser digno de mí y de tus hermanos... hasta dar tu vida, como la voy a dar yo.

DISCÍPULO: Es verdad. Su rumbo es el Amor; el Amor sin límites. Su Cruz es el Amor; el Amor sin límites. Adiós, Maestro... hasta luego. Te seguiré con la Cruz a cuestas y en el corazón. Ya nos reencontraremos.

Preguntas para la reflexión personal

1. ¿Te tomas en serio la siguiente cita? ¿Cómo?: *“El que no cargue con su Cruz detrás de mí, no es digno de mí... ese no puede ser discípulo mío”* (Mt. 10,38; Lc. 14, 27).
2. ¿Cómo entiendes tú eso de “negarse a sí mismo”? ¿crees que es condición necesaria para el seguimiento de Jesús? Si te parece que no es necesario ¿por qué no?
3. ¿Has abierto tu corazón a Jesús ? ¿Has puesto en sus manos tu vida, tus cruces? Por qué claro...alguna cruz seguro que tienes. ¿cuál o cuales?
4. ¿Te ayuda creer en Jesús a soportar alguna de tus cruces? ¿Cómo?

¿ Y...María?



(Dinámica de la tarde)

Evangelio de S. Juan

19,25 Estaban en pie junto a la cruz de Jesús su madre, María de Cleofás, hermana de su madre, y María Magdalena.

19,26 Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo preferido, dijo a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo".

19,27 Luego dijo al discípulo: "Ahí tienes a tu madre". Y desde aquel momento el discípulo se la llevó con él.

Estos días son apropiados para pararnos, escuchar e imaginarnos lo mucho que debió de sufrir María ante los tortuosos momentos que estaba viviendo su hijo, y que –probablemente ella lo sabía- le iban a llevar a la muerte. Únicamente Juan, su joven amigo, lo acompañaba a los pies del tormento. A los pies de la cruz, María, viendo a su hijo abandonado por las masas, negado por sus amigos, escupido por sus enemigos, ajusticiado por las autoridades: ¿dudaría en ese momento? ¿Pensaría acaso si había merecido la pena el que su hijo se sacrificase por aquél ideal de hermandad.? Al final le habían dejado solo. A su hijo. Seguro que el sufrimiento, la duda, la tristeza, la resignación, hicieron morada en ella. ¿Acaso también Dios los había abandonado a última hora?

Pensemos en ella, en esos momentos y escuchemos esta canción.

[..!..!..!..AUDIO EWTN\noserastu.mp3](#)

María la Mayor y María la Menor.(Texto: 148 y ss. "EE de fin de semana". José M^a Rueda. Edit. CCS)

Humillada por las sospechas entre la gente de su pueblo: Mt 1,19 José, su marido, que era un hombre justo y no quería denunciarla, decidió dejarla en secreto.

Desconcertada por la conducta y respuestas de Jesús Lc. 2,42- 48 y ss. Cuando tuvo doce años, fueron a la fiesta, como era costumbre.... Terminada la fiesta, emprendieron el regreso; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que sus padres se dieran cuenta...Al verlo, se quedaron maravillados; y su madre le dijo: "Hijo, ¿por qué has hecho esto? Tu padre y yo te hemos estado buscando muy angustiados". Les contestó: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo ocuparme en los asuntos de mi Padre?".Ellos no comprendieron lo que les decía. Jesús fue con ellos a Nazaret, y les estaba sumiso. Su madre guardaba todas estas cosas en su corazón.

Despojada de su posesión sobre él. Lc. 8,19 ss.: Llegaron la madre y los hermanos de Jesús, pero no podían acercarse a él porque había mucha gente. Se lo anunciaron: "Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren verte". Él respondió: "Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la cumplen".

Pistas para el diálogo en común:

¿Os habíais parado a pensar en la situación de María en semejante momento?

María es intercesora (bonito palabro...) por voluntad expresa de Jesús.

Cual es la imagen de María que tenéis.

¿Creéis que la imagen de la religiosidad popular tiene algo que ver con lo que dice el Evangelio, incluso con lo que humanamente, sería María?

Que dificultades tenemos para “escuchar y hablar” con María

Adoración de la Cruz



(En la capilla)

En la capilla está colocado el símbolo de la cruz un recipiente a sus pies.
(Se reparte un DinA5 con el nombre de cada uno)
(En función del ambiente, el texto lo lee un monitor o por párrafos los chavales)

Hoy de alguna forma hemos muerto. Esta noche debe morir en nuestro interior cualquier pensamiento o acción que impida nuestra plena felicidad. Jesús en el día de su muerte nos quiere ayudar a levantarnos, a salir de todas las situaciones de muerte en las que vivimos muchos de los jóvenes de hoy día:

- De la mentira: con la que muchas veces nos engañamos a nosotros mismos y a los demás.
- De la falta de generosidad: para estar dispuestos al servicio generoso y desinteresado a los demás.
- Del orgullo: que me hace creerme más que los otros y me impide acercarme a aquel que me ha ofendido.
- De la falta de fe: pues ya hay muchos falsos dioses que me impiden reconocer al único y verdadero Dios.
- De la droga, que nos controla cuando creemos que la controlamos. Que nos hace pensar en ella incluso cuando no la deseamos. Y así nos convertimos, sin aceptarlo, en sus esclavos.
- De la impureza: que me hace menos limpio de corazón.
- Del egoísmo: que me impide entregarme al bien de los demás, pues me hace centrarme en mi mismo y en mis propios problemas y la búsqueda de mi propio bienestar.
- De la desobediencia: a aquellas personas que lo único que buscan es mi bien.
- De la poca oración: al estar pensando en todo me olvido de quien es el todo, y así descuido y abandono la relación personal con Dios.
- De la poca aceptación de mí mismo: De todas aquellas situaciones y circunstancias en las que me ha tocado vivir y no las acepto porque no son “como las de todo el mundo”.

¿Cuántas veces tenemos tenido estas actitudes?

Aunque nos cueste creerlo, aunque pensemos que no nos hace falta, necesitamos encontrarnos con Dios. Muchas veces nos creemos autosuficientes y capaces de todo, hoy tenemos que reconocer que sin Dios nuestras vidas carecen de verdadero sentido. Y para este encuentro personal con Dios debemos comenzar por: Destruir los falsos dioses que existen en nuestras vidas. Aunque muchas veces creemos que nos hemos alejado de Dios lo que en verdad hemos hecho es cambiarlo por otros dioses que nos fabricamos o que implanta la sociedad de consumo:

- Hemos adorado quizás a cantantes de moda, deportistas, marcas de ropa o tipos de música, a gilipollas que no hacen sino prolongar nuestro vacío.
- Hemos adorado tal vez el dios dinero, el dios sexo, el dios diversión, el dios placer, o el dios orgullo.
- Hemos adorado dioses cómodos que nos permiten huir, escapar de mi realidad, no encontrarme con lo que yo realmente soy. Son diosillos, muletas que la gente usa porque les mantiene en esa vida vegetal fácil, en esa vida de berza humana que no viven, sino que malviven. El tarot, el horóscopo, el rapel de turno, las aramies fusteles, los políticos guais que seducen a los jóvenes con discursos manipulados y progres, y esos jóvenes camellos, vestidos con el disfraz de hijos de gente normal.

Es duro pensar que éstos son nuestros dioses ¿verdad? Y lo triste es que no nos salvan, sino nos hacen ayudarles a cavar nuestra propia fosa. Quizás no la usemos hoy, quizás el día de mañana.

Para encontrarme con Dios es necesario destruir los falsos dioses que tengo, apartarme de los falsos ídolos que hay en mi vida. Todos los que hemos citado antes. También ahí entra destruir las imágenes falsas de Dios que tenemos y que las hemos heredado de nuestros padres, de nuestra sociedad, o las hemos aceptado porque son la que expresa mucha gente contraria a la Iglesia y a los que no sabemos como contradecir:

(Silencio)

Os invitamos a que a partir de este momento podamos encontrarnos con el Amor del Padre, pero antes debemos despojarnos de todas aquellas imágenes falsas que nos hacen adquirir una visión de lo que Dios no es:

- El Dios Policía-Juez dedicado a vigilar mis actos, para ver cuando fallo, cuándo no cumplo la norma y así castigarme. En un guardián que vive pendiente de todo lo que hacemos o dejamos de hacer.
- El Dios amnistía al que le importa poco cómo construya mi vida, pues al fin y al cabo me perdona siempre sin exigirme nada.
- El Dios supermercado, tapa agujeros, que está ahí para concederme todo lo que le pido y... pobre de él si no me lo concede!. Dios al que solo acudimos cuando estamos necesitados y así terminamos convirtiéndolo en una especie de cruz roja, pero con el que no existe ningún tipo de relación personal verdadera.
- El Dios chupa sangre que le impide al hombre ser feliz y libre, es la falsa imagen que tienen aquellos que se llaman ateos, pues afirman que el creer solo tiene como consecuencia el dormir al hombre y así la religión la convierten en el opio del pueblo.
- El Dios de las nubes, absoluto, lejano, el que esta lejos de mi vida, el que no tiene ninguna relación personal conmigo, que es indiferente, al que hay que mantener contento para que no nos pase nada malo.

Dios es distinto de todas estas falsas imágenes, él es el Dios que nos ama personalmente y que nos quiere felices. Estas no son características del amor de Dios. Todas estas falsas imágenes quedaron desenmascaradas y destruidas por la plena, verdadera y definitiva revelación que nos hizo alguien que cambio la historia de la humanidad.... sabéis de quien estoy hablando.

Nuestra tarea será la de buscar y quizás mas que el buscar mejor sería el dejarnos encontrar por Dios; afirmaba San Agustín: te buscaba fuera y estabas dentro, así es que en realidad el se encuentra a la espera de que nosotros tengamos una cita a solas con él.

(Motivamos el diálogo)
pues nadie te ama como yo.mp3.

- Te pregunto ¿Dónde buscas a Dios?
- ¿Alguien se atreve a decir si alguno de los ídolos de antes puede sustituir a Dios?
- ¿Alguien se atreve a decir si hace de su egoísmo, de la incapacidad para decirse la verdad, de una vida de pereza y sin sentido su dios?

Después de diálogo hacemos el gesto del papel arrugado.

Se trata de ofrecer, de forma sincera, ante la cruz, nuestras cruces, con la esperanza de que Dios nos puede resucitar de ellas. Cada uno que ofrezca su papel. Sería bueno que al gesto de cada uno le acompañase una oración.

<..\musica\nadanosseparara.mp3>

(Para terminar comentar brevemente la sobriedad del día.)